
A modo de presentación. Macedonia, 1991-2016: un cuarto de siglo en cuestión

Carlos Flores Juberías y Miguel Rodríguez Andreu
(coordinadores del volumen)

El pasado 8 de septiembre la República de Macedonia celebró sus primeros veinticinco años de vida como Estado independiente, evocando la histórica jornada del otoño de 1991 en la que más del 95% de sus ciudadanos se mostraron a favor de su emancipación pacífica y democrática de una República Federativa Socialista de Yugoslavia que ya había empezado a hacer aguas por sus cuatro costados.

Durante la mayor parte de este último cuarto de siglo, Macedonia se las ha ingeniado para vivir y crecer, como sociedad y como Estado, prácticamente al margen de la actualidad informativa. Un logro nada desdeñable si tenemos en cuenta su ubicación geográfica –en el corazón mismo de una península cuyo nombre convertido en verbo es sinónimo de división y enfrentamiento–, y los signos de los tiempos en los que le tocó nacer, dominados por los enfrentamientos fratricidas, por los rescoldos del autoritarismo, o por ambas cosas a la vez.

Ese saludable alejamiento de los focos mediáticos se quebró momentáneamente en febrero de 2001, cuando la profecía que años antes había dibujado Milcho Manchevski en *Antes de la lluvia* trascendió las pantallas para hacerse realidad. La única república que hasta ese momento había conseguido escapar indemne del sangriento proceso de disolución de la antigua Yugoslavia, canalizando de manera pacífica –aunque no exenta de tensiones– las siempre complejas relaciones entre sus dos principales comunidades étnicas y convirtiendo sus instituciones políticas en un foro útil para el diálogo,

estuvo por un momento a punto de deslizarse por una espiral de violencia semejante a la que había ya truncado las esperanzas de futuro de varios de sus vecinos. Pero por fortuna, una comunidad internacional que ya había aprendido de sus errores en Bosnia-Herzegovina y Croacia, y una clase política que abrazó el pragmatismo y recuperó la capacidad de diálogo justo cuando empezaba a abrirse el abismo bajo sus pies permitió una saludable vuelta a la normalidad y al anonimato informativo.

Y de nuevo –aunque esta vez por una razón mucho más feliz–, ese alejamiento de los focos mediáticos se volvió a interrumpir momentáneamente en diciembre de 2005, cuando el Consejo Europeo reunido en Bruselas acordó conceder a Macedonia el estatus de país candidato a la adhesión, haciendo mención expresa a los progresos realizados en la implementación del Acuerdo Marco de Ohrid –por el que se había tratado de conjurar el peligro de un nuevo conflicto interétnico– y a su voluntad de avanzar en la reforma de su sistema político y en la modernización de su modelo económico. Macedonia se colocaba así en la vanguardia de la carrera hacia la adhesión europea –solo a rueda de Croacia, pero con notable ventaja respecto del resto de los Estados de la región– y parecía conjurar con ello el peligro del aislamiento internacional que le había venido acechando prácticamente desde el momento de su nacimiento como Estado.

Por desgracia, ese saludable alejamiento de los focos en el que –con las dos excepciones que hemos mencionado, y quizás alguna que otra más– ha discurrido la historia reciente de Macedonia es ya cosa del pasado. Y es que de un tiempo a esta parte –y tal vez al mismo ritmo con el que la atención informativa de los medios europeos occidentales empezaba a olvidarse de Bosnia-Herzegovina y su frágil equilibrio interétnico, de Albania y sus agudas fracturas internas, de Montenegro y su sempiterno problema con la corrupción, de Serbia y su nunca domeñado nacionalismo, de Kosovo y su todavía pendiente reconocimiento internacional, o de Grecia y su crítica situación económica– la atención mediática ha ido focalizándose cada vez con más intensidad en una Macedonia envuelta en una suerte de "tormenta perfecta" que ha sacudido al país hasta los cimientos mismos de su marco constitucional, y que ha hecho una vez más buena la famosa frase de Winston Churchill en torno a los Balcanes y la historia.

En efecto, los tres últimos años de la vida política macedonia podrían describirse de cualquier forma menos con el adjetivo de "tranquilos". Primero, el escándalo de las escuchas ilegales puesto de relieve por el líder del principal partido de la oposición; continuación las masivas manifestaciones –de uno y otro signo– que paralizaron la vida y tensaron las relaciones políticas del país durante buena parte de los años 2015 y 2016; en tercer lugar la forzada renuncia del primer ministro y la necesidad de anticipar –y luego posponer por dos veces– las elecciones parlamentarias; y finalmente, la compleja situación generada a partir del incierto resultado de los comicios del 11 de diciembre de 2016. Por no mencionar la grave crisis de los refugiados, especialmente aguda en el verano de 2015, que puso a prueba la disposición de Macedonia para colaborar eficazmente con sus vecinos y llevó al límite sus propias capacidades de gestión de crisis.

Y todo ello –desafortunadamente– sin que otros problemas, diríase que ya cronificados, desapareciesen del escenario político de un país en el que el desempleo sigue siendo un problema estructural, la corrupción un mal endémico, la integración euroatlántica un ideal cada vez más remoto, la convivencia interétnica un desafío diario y la cuestión del nombre un contencioso enquistado.

Así las cosas, la decisión de dedicar a Macedonia un número monográfico de *Balkania* resultó a la vez sencilla y compleja. Sencilla porque éramos perfectamente conscientes del interés que el país viene suscitando entre la pequeña comunidad de los balcanistas y la más amplia de quienes se hallan interesados por el futuro de Europa, que garantizaba una buena dosis de atención hacia nuestro proyecto; pero compleja, en la medida en que resultaba difícil guardar el equilibrio entre el análisis de los problemas estructurales y los coyunturales y, sobre todo, mantener éste en el plano de la crítica documentada que es propio de una revista científica, y a idéntica distancia tanto de la hagiografía como del ataque indiscriminado.

El resultado de esta ambición y de estos *caveats* es el que el lector podrá hallar en las páginas que siguen: un volumen estimamos que oportuno, equilibrado, razonado, crítico, y riguroso. Un volumen que hemos querido que sirviera de lugar de encuentro –por un lado– para varios de los más prestigiosos, y varios de los más prometedores,

politólogos macedonios del momento, como son Irina Chudoska Blazhevska, Zhidas Daskalovski, Ljubomir Frčkoski, Loreta Giorgievska, Nano Ružin, y Andreja Stojkovski; por otro a algunos de los balcanistas españoles que con mas asiduidad han venido ocupándose de Macedonia, como son Diego Checa, Jesús Nieto, y quienes suscribimos este texto; y finalmente algunos otros investigadores europeos que también se han visto movidos a brindar su atención en este pequeño país en el corazón de los Balcanes, de los que Nora Repo y Max J. Wahlström desde Finlandia podrían ser excelentes ejemplos. Y un volumen, por último, que también ha procurado mantener el equilibrio entre los temas que siempre aparecen sobre la mesa cuando se habla de Macedonia –las relaciones interétnicas, el problema de la identidad, la espada de Damocles de la violencia...– y los que por el contrario solo han cobrado auténtica carta de naturaleza en los últimos tiempos –la corrupción, el populismo, la inmigración, la movilización social...– dando lugar de este modo a un mosaico razonablemente completo de trabajos, susceptible de brindar una imagen multidimensional de este complejo país, en este complejo contexto geográfico, y en esta compleja coyuntura histórica.

En última instancia, esta presentación no podría concluir sin unas palabras que sirvieran para explicitar y explicar algo de lo que el lector atento sin duda ya se habrá percatado: que desde este número *Balkania* deja de estar bajo el paraguas de la Embajada española en Belgrado para estarlo bajo el de Casa Mediterráneo –y esperamos que por muchos más en el futuro–, la iniciativa del Gobierno de España – más la Generalitat Valenciana y los Ayuntamientos de Alicante y Benidorm– orientada a la cooperación política y económica, al diálogo intercultural, al mutuo conocimiento y al fortalecimiento de los lazos entre las sociedades civiles de España y los restantes países mediterráneos. Su cálida acogida nos permitirá contribuir a este esfuerzo de diplomacia pública fomentando el conocimiento de esa rincón reducido pero importante del Mediterráneo que son los Balcanes, haciendo más perceptible en ellos la presencia y el interés de España, en lo que –estamos seguros– está llamada a ser una asociación mutuamente provechosa. De la que este volumen es, obvio es decirlo, solo una primera entrega.